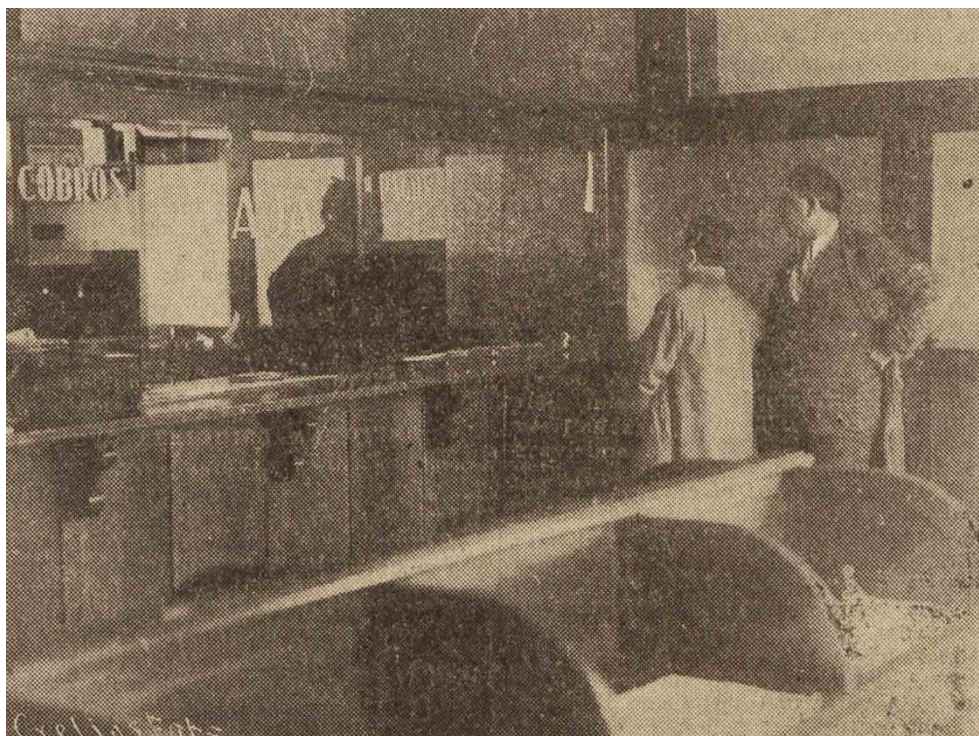


EL ATRACO DE AYER EN PASAJES

Unos individuos armados de pistolas irrumpieron en la sucursal del Banco de San Sebastián y después de reducir a los empleados, desvalijaron la caja, llevándose 75.900 pesetas

Los atracadores montaron en la Avenida de la Libertad en un taxi, obligando al conductor a conducirles hasta la carretera de San Marcos, reteniéndole durante media hora, en tanto se cometía el asalto

Los atracadores abandonaron el coche, en el que huyeron, en el camino de Mundáiz, perdiéndose de vista



Desde este ángulo de la taquilla de Pagos, uno de los atracadores salvó al interior de las oficinas para desvalijar la caja (Foto Gueréquiz.)

¡Un atraco en Pasajes!—En las primeras horas de la mañana circuló ayer por la ciudad, divulgada a los cuatro vientos, la noticia de que en Pasajes se había cometido un atraco con toda la audacia que supone el asaltar un Banco, situado en medio de un pueblo, a una hora en que el vecindario está en las calles.

El atraco se había cometido en la sucursal del Baco de San Sebastián, de Pasajes Ancho, situado en la casa número 22 de Buena vista, la carretera general.

Por fortuna, en esta ocasión—como en la recientemente ocurrida en la caseta de pagos de los señores Huarte y Compañía, en Herrera—tampoco ha habido que lamentar víctimas. Los atracadores se llevaron un buen puñado de billetes, respetando las vidas de los empleados de la sucursal bancaria, sorprendidos por tan inesperada irrupción cuando iniciaban su trabajo.

Cómo se cometió el hecho.—Aun para los mismos protagonistas de la sorpresa producida por la irrupción de los atracadores en las oficinas del Baco resulta difícil concretar detalles. No es anda extraño; momentos semejantes, ni aun haciendo alarde de serenidad, no ya de resistencia, no son como para hacer un examen de los atracadores y retratarlos en la imaginación, como tampoco para saber su número exacto. Parece ser, en principio, que fueron cuatro los individuos que asaltaron el Banco.

Momentos después de las nueve de la mañana se hallaban en sus puestos de trabajo el director del Banco, don Marcial Muñoa, y los empleados don Fernando Inchaurrendieta, don Guillermo Barbeito, don Ramón López Alén y don Segundo Goicoechea.

El señor Muñoa se encontraba en la taquilla de la Caja, sección de "Pagos", distribuyendo una cantidad de dinero por fracciones de moneda.

En este momento se abrió violentamente la puerta, que tiene cristales esmerilados, por lo que no puede verse la calle ni desde ésta el interior. Parece ser que entraron cuatro individuos. Uno de ellos se acercó a la taquilla de "Pagos", y dirigiéndose, pistola en mano, al señor Muñoa le conminó:

—¡Manos arriba!

El señor Muñoa, que por lo visto creía que la persona que estaba ante él era un amigo, levantó los ojos, y al ver una pistola, tomando aquello a broma, contestó:

—¡Anda, quita esa pistola!

Y el atracador insistió:

—¿Que quite qué? ¡He dicho manos arriba!

Fué entonces cuando el señor Muñoa se dió cuenta de que se trataba de algo serio y de que era asaltado el Banco.

Después, todo sucedió rápidamente, imposible de retenerlo en la memoria ni de hacer un relato con todo detalle de los pasos que dieron los desconocidos.

Uno de los atracadores, apoyándose en un radiador de la calefacción, montó sobre la repisa de la mampara que divide el vestíbulo de las oficinas, y saltó al interior de éstas,

dirigiéndose al lugar donde se encuentra la Caja, a la derecha del local, que estaba abierta.

Los demás asaltante, todos armados, se hicieron cargo de los empleados, poniéndolos junto a la pared del lado izquierdo de las oficinas, en las que penetraron por la puerta que para el paso de los empleados tiene la mampara en el mismo lado, junto a la sección de "Cuentas Corrientes". Con objeto de maniobrar libremente, los atracadores hicieron pasar a los empleados al watercloset, diciéndoles que cerraran por dentro, permaneciendo sin salir durante diez minutos.

El individuo que se hizo cargo de la Caja, todo en billetes, sin apoderarse de unos sacos que contenían duros y otras monedas de plata, conminó al director a que abriera los cajones de la mesa y de las taquillas, contestándose el señor Muñoa:

—¡Ahí no hay más que papeles particulares!

Cuando se realizaba esta operación, entraba al Banco otro empleado, don Antonio García, quien dándose inmediata cuenta de lo que ocurría intentó volver a la calle; pero se lo impidió uno de los atracadores que estaba a la puerta, en el vestíbulo, y que, agarrándole de un brazo le llevó junto a sus compañeros de oficinas.

Todos los empleados del Banco estaban en manos de los atracadores, a excepción del cobrador, don Venancio Arrizabalaga, que había salido a efectuar algunos cobros.

Una vez con los billetes en su poder, unas 75.950 pesetas, los atracadores salieron precipitadamente del local, siguiéndoles otro sujeto que les esperaba en la calle, guardándoles la salida. Así el grupo se compuso de cinco individuos, los cuales salieron corriendo hacia la plazoleta de Buena Vista, frente a la cual tenían un automóvil— parece ser que sin ningún otro sujeto al volante—, en el que huyeron con dirección a San Sebastián.

Esta es, con toda la precisión que en un relato rápido puede hacerse, la relación de cómo se efectuó el atraco. Cuestión de pocos minutos.

¡Ladrones, ladrones!—Como decimos, los asaltantes tenían preparado un automóvil frente a la plazoleta de Buena Vista, junto al edificio del Teléfono Provincial y de la Caja de Ahorros de la provincia, donde prestaban guardia, como de costumbre, un sargento y dos números de Miqueletes. Estos no se dieron cuenta de anda hasta que oyeron vocear a algunos vecinos, que desde los balcones o desde la calle gritaban para llamar la atención:

—¡Ladrones, ladrones!

Uno de los atracadores, volviéndose hacia un grupo que se encontraba en la misma esquina del puente, situado en aquella parte de la carretera general, les gritó a su vez:

—¡No chilléis, que a vosotros no os quitamos nada!

Se metieron precipitadamente en el coche y salieron carretera adelante, hacia la capital.

Al arrancar el coche arrojaron algunas tachuelas de gran tamaño en la carretera, para cubrirse la retirada, imposibilitando que otros coches les siguieran.

El que guardaba la retirada.—Mientras se cometía el atraco, como decimos, había otro individuo, el que hacía el número cinco—según todo parece demostrar—que, situado en el pretil de la acera, frene al edificio, daba muestras de gran inquietud, mirando hacia uno y otro lado y disimulando, a veces, como si se estuviera atando el cordón de un zapato.

Este sujeto parece que vestía un abrigo gris oscuro, sombrero también gris y zapatos de charol.

Mientras observaba la puerta del Banco, en espera de sus compañeros de fechoría, se fué acercando desde la acera de enfrente a la del mismo edificio. Entonces llegó con dirección al Banco el vecino de la villa don Erasmo Atorrasagasti, que extrañado de la actitud de aquel desconocido, y sospechando algo, le preguntó:

—¿Qué hacer aquí?

El interrogado, en una actitud que no admitía lugar a dudas, le contestó:

—¡Vete de aquí!

Y fué lo prudente no contravenir aquello que no era sino una orden.

Este individuo encargado de vigilar, al observar que le miraban algunas vecinas de las casas próximas, a quienes extrañaba su actitud nerviosa frente al Banco, les obligó a retirarse a las habitaciones, apuntando hacia las ventanas con una pistola que, por las dimensiones, debía de ser ametralladora.

Al huir los saltantes hacia el coche, un carabinero de paisano, que pasaba por aquel lugar, hizo ademán de seguirles, pero optó por no arriesgarse ya que no llevaba consigo arma alguna.

El aviso a la Policía.—Los funcionarios del Banco, apenas oyeron cerrarse la puerta del local, salieron del cuarto donde les habían encerrado, acudiendo el director al teléfono que estaba sobre su despacho, para expandir la noticia de lo ocurrido, pues aunque los atracadores habían roto el hilo del teléfono de la cabina, en su precipitación no se dieron cuenta de que dejaban intacto otro aparato de comunicación.

Recibido el aviso en la Comisaría, se dispuso que saliera para recorrer la carretera general una camioneta con guardias de Asalto, ocupando otro automóvil varios

agentes de Vigilancia, con un inspector, los que comenzaron rápidamente las diligencias.

También se puso en movimiento la Policía de la Inspección gubernativa de Pasajes, y se dió aviso a todos los puestos fronterizos y de la Guardia civil y Miqueletes de Guipúzcoa, así como a los puestos de Policía y Guardia civil de las provincias cercanas.

El dinero robado.—Como decimos en líneas anteriores, el dinero robado asciende a unas 75.950 pesetas, en billetes de 500, de 100 y 50 pesetas.

No se llevaron el dinero en plata que guardaban unos saquitos, ni tampoco el de las taquillas, si bien revolvieron el armario-archivo y otros muebles, pero con rapidez extraordinaria.

En busca del automóvil.—Por algunas personas pudo anotarse la matrícula del automóvil ocupado por los asaltantes, que era el S. S. 7.978, de color marrón oscuro, tirando a un tono rojo.

No era fácil concretar las señas de todos los individuos. Cuatro de ellos, al parecer, se cubrían con gabardina y boina. Uno de estos individuos parece que es de elevada estatura, de patillas negras, largas, mal afeitado y que se cubría con un abrigo jaspeado. Representaba unos veintisiete años. Todos los protagonistas del atraco parece que tienen una edad aproximada y vestían, aunque sin elegancia, bastante bien.

El coche que utilizaron.—Hacia las diez de la mañana, media hora después de cometido el atraco, el chófer Pedro Alonso, que llegaba por la carretera de San Marcos, a pie, hacia el centro de la villa, se encontró con un grupo que comentaba lo ocurrido, a quienes dijo:

—Yo soy el chófer del automóvil que han utilizado. ¿Dónde está el agente de Policía?

En aquel momento pasaba por allí mismo el agente de Vigilancia de servicio en Pasajes, a quien el chófer relató lo sucedido, en la parte que a él le afectaba.

Un relato del chófer.—Pedro Alonso, taxista, está demostrado que tiene mala suerte en sus horas de servicio, en lo que a realizar viajes de esta naturaleza se refiere.

Como se recordará, el 29 de junio del año 1934 se cometieron dos asaltos simultáneos, en las sucursales de los Bancos San Sebastián y Guipuzcoano, de Rentería. Los atracadores—que fueron detenidos y juzgados—utilizaron un coche, también taxímetro, que conducía el mismo chófer de ayer. De aquel coche se deshizo, vendiéndolo, y nuevamente prestaba servicio en el punto con el vehículo que esta vez fué también elegido por los que se proponían dar el golpe, y lo dieron, en Pasajes.

Alonso se encontraba al volante en la avenida de la Libertad, frente al Café Kutz, en el automóvil S. S. 7.978, cuando se le acercaron dos individuos cuyas señas no pudo

precisar, pues no había motivo para que se fijara en ellos, los cuales le dijeron que los condujera a la Fundación de Pasajes. Eran las nueve de la mañana, minuto más o menos.

Al llegar a Buena Vista fué a tomar el conductor la carretera de la fundición, diciéndole los viajeros que continuara adelante, pues querían ir a las oficinas.

Siguió carretera adelante, pasando frente al Banco de San Sebastián, y los ocupantes le instaron a que continuara por la carretera que, a la salida del pueblo, conduce a la cumbre del fuerte de San Marcos. El chófer empezó a sospechar que nada bueno llevaba en el vehículo, y aumentaron sus sospechas al ver que en aquel punto de la carretera se encontraba otro individuo. Le hicieron parar el coche, obligándole a descender del baquet, después de dar vuelta al coche para dejarlo nuevamente en dirección al pueblo. Esto ocurría metros antes de la subida a la carretera de San Marcos. Sin que volviera la cabeza, le hicieron avanzar con la conminación consiguiente, haciéndose cargo de él el individuo que esperaba en la carretera, en tanto los otros, ocupando el automóvil, volvían hacia el pueblo.

Los otros tres sujetos que con éstos cometieron el atraco, no se sabe si montaron también en el coche en algún lugar de la carretera o les esperaban en las proximidades del Banco, pues por allí se vió rondar a unos individuos antes de que se abrieran las oficinas.

El individuo que quedó encargado de vigilar al chófer le ató las piernas con una cuerda, obligándole a que se sentara en las proximidades de la carretera. Así estuvo una media hora. Pasado este tiempo, el sujeto en cuestión indicó al chófer que volviera la cabeza, permaneciendo cinco minutos sin mirar a la carretera, y que después podría marcharse. Este momento lo aprovechó el desconocido para huir, ignorándose qué dirección tomó.

Al verse libre Alonso, se deshizo de las ligaduras y acudió al pueblo, encontrándose, como ya decimos, con el agente de Policía de Pasajes, a quien informó de lo que le había ocurrido.

Desde Pasajes, el chófer se trasladó a San Sebastián en la camioneta de un individuo amigo, presentándose en la Comisaría de Vigilancia.

Pedro Alonso hacía resaltar la coincidencia de que hace dos años, al llevar a los "clientes" que resultaron los atracadores de los Bancos de Rentería, era su santo, y anteayer su cumpleaños.

Aparece el coche.—A mediodía fue hallado el automóvil S. S. 7.978 en el camino de Mundáiz, cerca de la Fábrica de Tabacos. Junto al vehículo había un paquete que contenía tachuelas, parte de las cuales arrojaron en la carretera de Pasajes, al emprender la huída. El automóvil fué llevado al patio del Gobierno civil.

¿Huyeron en tren los atracadores?—Siguiendo la pista del recorrido efectuado por el automóvil, la Policía ha realizado múltiples pesquisas para atar cabos, interrogando a cuantas personas pudieran dar algún detalle del paso de los personajes autores del audaz atraco.

Parece ser que alguien vió por las proximidades de la pasarela a cuatro individuos, que bien pudieran ser los autores del hecho y que se dirigieron hacia la estación del Norte para huir en alguno de los trenes tranvías que con frecuencia circulan por esta línea.

¿Eran de fuera?—Algo induce a creer que los atracadores son gente de fuera de San Sebastián, aunque algunos de ellos conocieran bien todo esto y estuvieran al tanto de cuantas operaciones se hacían en el Banco. Esto es presumible, puesto que hay que suponer que un "golpe" de tal naturaleza no se lleva a la práctica en tanto no esté muy bien "madurado". Y decimos que induce a pensar que no fuera gente conocida aquí, por el hecho de que no cuidaran de caracterizarse ni ocultar el rostro para no ser reconocidos, pues sólo al cubrir el trayecto desde el Banco al lugar donde tenían el automóvil, unos 70 metros, hubo tiempo suficiente para que la gente que circulaba por la calle y los vecinos que les gritaban desde los balcones se fijaran en ellos.

Unos detenidos.—A las once de la mañana fueron detenidos en Irún cuatro individuos, mal trajeados, circulando rápidamente la noticia de que se trataba de los atracadores.

(Continúa en la siguiente página.)